

DANIELA BERTOLINI DE CORONA

Beato
HERMANO
SALOMÓN

5 TESTIGO DE LA PAZ
EN EL CORAZÓN DE NUESTRO PUEBLO

Publicaciones
Academia Internacional de Hagiografía.
Caracas, Venezuela. 2013

Corrector de contenido y estilo:
Profesor Jesús Hernández Mayoral

Diseño:
Norka Salas

*La distribución de estas publicaciones de la
Academia Internacional de Hagiografía,
son gratuitas.*

ÍNDICE

1.	El Hermano Salomón en la Zona Rural de El Hatillo.	5
2.	Un joven recio y bueno.	11
3.	En el noviciado lasallista.	17
4.	Por los caminos de la Escuela Cristiana.	23
5.	La Revolución Francesa.	27
6.	Una persecución espantosa.	33
7.	El valiente martirio.	37
8.	Valiente y fiel hasta el final.	45
9.	Oración al Beato milagroso	46
10.	Canto al Beato	47



*Venerada imagen del Hno. Salomón, Ermita de la Eucaristía,
Zona Rural, El Hatillo, Caracas, Venezuela.*

CAPÍTULO 1

EL HERMANO SALOMÓN
en la Zona Rural de El Hatillo

Hay una talla del Beato Hermano Salomón que fue traída a Venezuela, desde Francia, por los Hermanos de La Salle. Fue colocada en la Capilla del Noviciado de La Salle de Sebucán, Los Dos Caminos, en la década de los años 50. Es una talla hermosa, de tamaño casi natural y la única que existe en Venezuela.

Cuando en 1968 se cerró la casa de Los Dos Caminos, la imagen fue trasladada al Colegio La Salle de La Colina y guardada en la Sacristía por más de treinta años.

Monseñor Rafael María Febres-Cordero, lasallista, muy devoto del Hermano Salomón, pidió la talla más de diez veces a los Superiores, a fin de que le permitieran colocarla en la Parroquia de Catia La Mar, cerca de La Guaira, de la cual era Párroco. También varias veces lo

pidió para la Escuela Naval de Venezuela, donde fue Capellán por muchos años. Siempre recibió una negativa.

Por esas cosas de Dios que van indicando los caminos a seguir, el mismo Monseñor Febres-Cordero fundó la Familia Atletas de Cristo, cuya sede está ubicada en Sabaneta del Cañaveral, Zona Rural de la Parroquia de El Hatillo. Allí se construyó una preciosa Ermita que es centro de reunión de todos los feligreses de esa inmensa Zona que por circunstancias diversas había estado muy desatendida en el aspecto espiritual.

Instalado, pues en ese lugar, nuevamente pidió que le fuese entregada la talla del Beato Salomón, y en esta oportunidad, para su sorpresa, le fue entregada de inmediato.

El día en que la imagen fue colocada en la Ermita, se hizo una fiesta solemne y Monseñor formuló esta invocación: *Hermano Salomón, has llegado Beato y aquí serás Santo.*

De inmediato los feligreses sintieron una gran devoción hacia el Hermano Salomón y se encomendaron a él pidiendo por sus necesidades

y rezándole con mucho fervor. No tardaron en suceder milagros y muchos de nosotros hemos sido testigos de estos sucesos.

Una niña, servidora del Altar, que sufría de un problema en el ojo y que debía ser operada, estando muy asustada por eso, le pidió al Hermano Salomón que la ayudara a evitar la operación. La niña no necesitó operarse.

Al lado de la Ermita hay una Casa Hogar para niños abandonados. Una de las niñas, de tan sólo cuatro años, moviendo una piedra fue picada por una serpiente muy venenosa. La niña fue trasladada a una clínica, pero se temía por su vida. Todo el pueblo empezó a rezarle al Hermano Salomón. Las Hermanas de la Congregación Siervas del Santísimo Sacramento, a cargo de los niños de la Casa Hogar, se volcaron a pedirle al Beato que intercediera por la salud de la niña y no dejara que muriera. Inexplicablemente, y para sorpresa de los médicos, la niña se curó repentinamente y ni siquiera perdió la piernita, que según los médicos era lo menos que podía ocurrirle. Todos tuvieron la certeza de que la

sanación había ocurrido gracias a la intercesión del Beato Salomón.

Hay otro caso que no podemos llamar sino *milagro* y que fue llevado a Roma como testimonio de los favores concedidos por el Hermano Salomón. Cerca de la Ermita, vive Mamá Leo, una señora muy bondadosa en la comunidad, que aceptó la tarea encomendada por el gobierno local de cocinar para proporcionar el almuerzo a muchos niños y personas con pocos ingresos y a trabajadoras de la zona. Un día en que debía alimentar aproximadamente a 120 ó 130 personas, no recibió los insumos necesarios para preparar los alimentos. Se sintió muy angustiada porque sabía que vendrían al mediodía, desde lejos, todas esas personas buscando su comida y ella no tenía más que unos pollos, algunas papas y tan sólo cinco kilos de arroz, que es el alimento base del pueblo. Logró que le prestaran otro kilo, con lo que sumaban seis. Por experiencia, sabía que para poder satisfacer a todos los comensales necesitaba al menos 10 ó 12 kilos de arroz.

Entonces le habló al Hermano Salomón con palabras muy simples, pero con gran determinación: *Mira, Hermano Salomón, estás viendo que no tengo sino seis kilos de arroz, que no me van a alcanzar para nada. Ve a ver cómo me arreglas esto, porque la gente viene con hambre y hay que darles de comer. Te dejo este asunto en tus manos para que me lo soluciones.*

Hizo su almuerzo y preparó su olla de arroz. Cuando llegaron los comensales empezó a servirles la comida, muy preocupada porque sabía que no le iba a alcanzar. Cuando la olla de arroz iba por la mitad y sólo habían comido unos cuantos, revolvió el arroz del fondo y de nuevo la olla quedó llena. Nuevamente sucedió lo mismo y al remover el fondo de arroz, la olla volvía a quedar llena. De pronto, Mamá Leo se agarró el pecho y se sintió asustada por lo que estaba sucediendo. Esto sucedió tres veces. Comieron todos, y además otras personas y familiares que llegaron a la hora del almuerzo que no estaban previstos.

¡Qué misteriosas son las obras de Dios! Tantos años esperando el momento en que este mártir, que llevó una vida ejemplar y murió por ser fiel al Señor, encontrara el lugar en que debía manifestar sus favores y responder a los ruegos y peticiones de una feligresía buena, humilde y pobre, que le entrega su amor y devoción y que confía en la intercesión del Beato ante Jesucristo.

Otro detalle interesantísimo fue que ningún arroz se quemó, ni se pegó en el fondo de la olla. Algo sumamente difícil para cualquier cocinero. El arroz, pues, fue servido en su totalidad a los pobres.

Muchos otros favores ha realizado el Beato en la Zona Rural al pueblo que tanto lo quiere.



*Mamá Leo,
fiel devota
del Hermano
Salomón,
con la olla
del milagro.*

CAPÍTULO 2

UN JOVEN RECIO Y BUENO

Nicolás Le Clercq, futuro Hermano Salomón, nace en Boulogne-sur-Mer, Francia, en 1745, justo en el momento en que se preparaba otra de las tantas batallas entre Francia e Inglaterra.

La familia de los Le Clercq vivían en Boulogne desde hacía siglo y medio y eran considerados una familia ejemplar e íntegra, que comerciaba en vinos, aguardiente, madera y sal, lo cual los colocaba en una posición privilegiada.

La Sra. Le Clercq, nacida Marie-Barbe Du Pont, procedía de una vieja familia boloñesa de cerveceros, igualmente ricos y estimados y ambas familias eran profundamente cristianas.

Todo el comportamiento de los parientes sirve como testimonio y soporte a Nicolás y sus hermanos, de sólidos valores cristianos.

El padre, de espíritu limpio, marca su vida profesional con inviolable honestidad y su vida personal en obediencia escrupulosa a las leyes de la Iglesia. Su autoridad en la casa es indiscutible y él mismo preside la oración diaria en el oratorio doméstico, delante de un crucifijo de marfil, agregando la lectura de versículos de la *Imitación de Jesucristo* (el Kempis).

El Hermano Salomón evocará un día en sus cartas a su padre, los recuerdos que él guarda de su sólida piedad: *Con cuánta satisfacción, mi muy querido padre, yo recuerdo vuestro amor por las verdades santas del Evangelio y por la palabra de Dios en las lecturas en las cuales aún me parece verlo... Vuestra meta principal ha sido el vivir como buen cristiano y yo bendigo a Dios por haberme dado un padre tan virtuoso y quien nunca descuidó a los que dependían de él, para procurarnos una educación cristiana.*

La madre, Marie-Barbe Du Pont, con su bondad y calor humano, modera la severidad del marido para con los hijos, pues a pesar de ser competente y práctica, posee un alma totalmente inclinada hacia Dios. De ella, tras morir, escribirá

a sus hermanos el Hermano Salomón: *El solo recuerdo de nuestra madre es capaz de traernos el bien.* Testimonio que dice mucho a pesar de lo breve.

De la misa a que asistía cada día, la Sra. Le Clercq saca las gracias que necesita para educar a sus hijos bajo la mirada de Dios y elevar sus pensamientos hacia las cosas divinas.

La Sra. Le Clercq veneraba a la Santísima Virgen y siete de los hijos Le Clercq llevaban el nombre de la Virgen, que era una forma de encomendárselos: Jean-Francois-Marie, Marie-Barbe, Luis-Marie-Augustin, Marie-Anne-Rosalie, Marie-Achille y Francois-Marie y Marie-Benoite; estos dos últimos no vivieron sino algunos meses. Otra devoción de la familia era San Francisco de Asís, patrono del padre y de cuatro de sus hijos.

En un clima tal, es fácil entender cómo el alma de Nicolás se expandía a sus anchas y se abría sin pena a las cosas de Dios. El escribiría así: *Yo sentía los movimientos de la gracia que me llevaban a las cosas pías –ir a las capillas, leer*

la vida de los santos, servir la Santa Misa—. Y de su madre decía: Ella provocó en mí el deseo de servir a Dios y se aplicó en asegurarme la posesión de los bienes sólidos y verdaderos, la salud eterna.

Al año de 1710 se remonta el inicio de la creación de la escuela de los Hermanos Cristianos en Boulogne, que concluye en 1718. En 1716, el propio San Juan Bautista de La Salle fue a inspeccionar los trabajos. Los alumnos eran muchos, Nicolás entre ellos.

Nicolás, con gran fervor, se prepara debidamente y hace su Primera Comunión a la edad de doce años. Allí participarán entonces, en el banquete eucarístico, toda su familia y parientes.

Desde 1756 la guerra desolaba Francia. No era una escaramuza como aquella de 1745 –año en que nació Nicolás–, sino una verdadera guerra entre Francia e Inglaterra, la triste Guerra de los Siete Años.

Esta situación afectó grandemente al comercio del puerto de Boulogne; hubo altos impuestos y

muchos negociantes se vieron obligados a realizar al servicio militar, como fue el caso del padre de Nicolás, el Sr. Le Clercq. Sus hermanos Antoine y Agustín se hacen corsarios para atacar las naves inglesas enemigas y luego de ganar varias batallas, son hechos prisioneros durante dos años y finalmente liberados por el Tratado de París, en 1763.

En este momento Nicolás ha seguido hasta el final los cursos de estudio junto a los Hermanos de La Salle y está en un cruce de caminos. ¿A dónde va a dirigirse?

Nicolás tuvo en ese momento una primera idea de vocación religiosa, mas no fue sino hasta la edad de veintidós años en que pudo pensar seriamente en esa posibilidad, pues la guerra y la situación económica lo obligaron a trabajar en el negocio familiar.



*Dibujo del Hermano Salomón bendiciendo a sus devotos.
Autora: Daniela B. de Corona.*

CAPÍTULO 3

EN EL NOVICIADO LASALLISTA

Saint-Yon era el Noviciado establecido por Juan Bautista de La Salle en 1705, para la formación a la vida religiosa de los Hermanos. Era la casa matriz y estaba ubicada cerca de Rouen.

En una de las primeras cartas que Nicolás escribió a su familia desde el Noviciado, leemos: *¡Oh feliz estado que da la vida religiosa cuando uno sirve a Dios fielmente! Yo me estimo y creo ser más feliz que la mayor parte de la gente joven de nuestra ciudad, actualmente tan corrompidos que ponen toda su satisfacción en los placeres mundanos que son por tanto verdaderos males y que demasiado a menudo llevan la muerte al alma. Felices quienes les huyen.*

Nicolás recibe el hábito de los Hermanos en la fiesta de La Ascensión, 17 de mayo de 1768,

con la firme resolución de llevarlo hasta la muerte; en ese momento cambió su nombre por el de Salomón.

Para ese entonces dos de los hermanos menores de Salomón habían tomado también los hábitos: Achille, de sacerdote, y Eustache, de Hermano de La Salle.

El Hermano Salomón no tiene sino veintitrés años cuando se le confía una primera clase, para la enseñanza de niños pequeños. En su vida de menos de un cuarto de siglo, sólo consagrará nueve años a la enseñanza propiamente dicha.

Durante esa época había una corriente que enfrentaba a la Iglesia y criticaba a los Hermanos por enseñar al pueblo matemáticas y letras, porque decían: *Es necesario que el pueblo sea guiado y no sea instruido, pues no es digno de serlo, y también: Estos Hermanos enseñan a leer y a escribir a gente que no deberían sino aprender a hacer trabajos manuales y no intelectuales.* Un filósofo del momento escribía al Rey: *Hace falta cazar a los Hermanos, porque estos bribones enseñan al pueblo a manejar la pluma, utensilio tan peligroso en ciertas manos.*

De manera que se iba generando un clima de mucha tensión y una situación delicada entre los representantes de la Iglesia Católica y algunas corrientes filosóficas del momento en Francia.

Nuestro querido Hermano Salomón, sin embargo, estaba completamente dedicado al cumplimiento de su tarea de enseñanza, desbordaba de buena voluntad y de mes en mes crecía en sabiduría pedagógica y buena influencia sobre sus alumnos. Además del sacrificio normal y la fatiga de enseñar a una clase de ciento treinta alumnos desde la mañana hasta la tarde, durante los cuarenta días de la cuaresma se mortificaba y no hacía sino una comida diaria que constaba de cuatro onzas de pan y un poco de postre, haciendo que se viera demacrado y que la familia se preocupara por su salud.

En septiembre de 1769, el Hermano Salomón, en su entrañable casa de Saint-Yon, pronuncia sus votos trienales, a la salida de su retiro espiritual anual. En esta ocasión escribe a sus padres: *Yo he tenido la felicidad de comprometerme con el Instituto por medio de*

votos de tres años, que imponen las mismas obligaciones que los votos perpetuos, es decir, vida estable en la sociedad, mantener las escuelas gratuitamente y guardar los votos de pobreza, castidad y obediencia... Rueguen al Buen Dios, por favor, que Él me haga la gracia de serle fiel y de preservar en el bien hasta la muerte.

Después de este retiro, el Hermano Salomón pasará un año en la ciudad de Rouen, muy cerca de la Casa Matriz, para beneficiarse de los cursos de pedagogía que se dictaban allí y luego se quedará once años, la mitad de su vida religiosa, en Maréville, un suburbio de Nancy.

Maréville, en la región de Lorena, contaba con uno de los establecimientos principales de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Era una casa muy importante y el hecho de que fuera enviado allí parece indicar que sus superiores tenían planes para él. Dos años bastarían para confirmar lo acertado de esta decisión.

En Maréville se había establecido un Noviciado para formar candidatos a la vida

religiosa; esta región bien pronto se reveló tierra fértil en vocaciones. Fue así que nuestro Hermano Salomón fue designado en 1772 para secundar al Hermano Lothaire en su función de Director del Noviciado de Maréville en 1773, y dieciocho meses después, fue nombrado Director.

El Noviciado, que duraba un año, siempre se consideró el «Santo de los Santos» donde se construye el porvenir de los Institutos religiosos y donde se forja su destino. Pero si hay una tarea delicada y llena de emboscadas, es precisamente la de quien guía a los novicios, la del Maestro de Novicios. Son muy exigentes las obligaciones y responsabilidades que pesan sobre el maestro para descubrir en un *postulante* las aptitudes que harán de él un verdadero religioso, según el espíritu del Instituto; el Maestro debe informar al postulante sobre las Reglas y exigencias del Instituto y entrenarlo en la práctica de las virtudes que convienen para lograr un estado *de perfección*.

Había que conocer a cada una de las almas distintamente para conducirla por el camino

correcto. Decía Salomón: *A veces hace falta más dulzura hacia unos y más firmeza hacia otros; los hay que necesitan que uno tenga mucha paciencia, otros que necesitan que uno los empuje y los anime. Es necesario para alguno, que uno los reprenda y los castigue para corregirlos de sus faltas y otros sobre los que hay que velar continuamente para impedir que se pierdan o se extravíen.*



El Beato Hno. Salomón en su labor apostólica en el aula de clase.

CAPÍTULO 4

POR LOS CAMINOS LASALLISTAS

El Hermano Salomón, como Maestro de Novicios, escribe a su hermana: *Yo espero que usted quiera pedir a Dios para mí las luces que yo necesito para ayudar a nuestros queridos novicios a marchar por el camino de la perfección.*

Sus superiores tuvieron con él un gesto muy delicado y le pusieron como adjunto a su propio Hermano Eustache, que había terminado su noviciado hacía dos años y había tomado el nombre de Hermano Salvador. Sin embargo, esta unión de trabajo duró poco porque Eustache se enfermó y murió el 24 de mayo de 1775, a la edad de 26 años.

En junio de 1777, el Hermano Salomón es nombrado *Procurador* de Maréville, pues él había hecho sólidos estudios comerciales,

conocía la contabilidad y tenencia de libros y tenía un espíritu ordenado y calculador, por lo que se le consideraba ideal para el cargo. Con pena en su corazón, pero como siempre obediente a sus superiores, deja su querida soledad en el Noviciado para ocuparse enteramente de los servicios materiales del establecimiento.

Su responsabilidad ahora era de orden práctico: cuidar de la nutrición de los numerosos habitantes de la casa y de todos los gastos de funcionamiento de los diversos servicios, supervisar los cultivos y la explotación de las propiedades de la Institución.

Algunos meses más tarde escribía: *Yo estoy, por así decir, todo el día en medio del mundo y obligado a tener que tratar con todo tipo de personas: en las tiendas, en el mercado, en las plazas... recibir dinero y gastarlo. He aquí mi oficio.* (2 de enero de 1778)

Sin embargo, sus múltiples funciones de ecónomo no dañan su fervor y con un esfuerzo constante de recogimiento espiritual, él regresa siempre a la oración frente al Sagrario.

Como Procurador, al Hermano Salomón le toca tomar parte de las negociaciones correspondientes.

Este empleo de Procurador se amoldaba mal a su deseo de una vida menos zarandeada por las necesidades materiales. La santa soledad del noviciado correspondía mejor a su temperamento, pero supo obedecer y cumplir sus deberes.



Toma de la Bastilla, París, Francia

CAPÍTULO 5

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

El 14 de Julio de 1789, los parisinos *tomaron* La Bastille, prisión y símbolo del poder tiránico de los Grandes (reyes y nobles). Durante la noche, el duque de Rochefoucauld despertó al Rey para anunciarle la noticia: *¿Es un motín?* preguntó el Rey. *No Majestad, ¡es una revolución!* Era el inicio de lo que se conoce como la Revolución Francesa.

Los acontecimientos que llevaron al país hasta la toma de la Bastilla venían de atrás. La Revolución promulgaba las tres famosas ideas de *Libertad, Igualdad y Fraternidad*.

La Revolución no se presentó con el fin de perjudicar a la religión y al principio el clero pensó que jugaría un papel importante en la gran obra de regeneración nacional y la reconstrucción de una Francia renovada, más justa y más igualitaria. El sueño romántico de una

fraternidad verdadera entre grandes y pequeños, entre ricos y pobres, se presentaba a la luz misma de las enseñanzas de Cristo.

Pronto se verá que la Constituyente convocada se inclinará por el anticlericalismo y se culpará a la Iglesia de muchos acontecimientos.

Tres años más tarde, por las arengas de Danton, uno de los más feroces sostenedores de la Revolución, muchos hombres se lanzan salvajemente sobre inocentes y culpables, sin discriminación, sin lógica y sin piedad. Este furor se abate de manera especial sobre sacerdotes y religiosos, culpables solamente de haber profesado fidelidad a la Iglesia.

Los Hermanos y en general el clero, pasan a ser los *chivos expiatorios* de esta delicada situación política del país y su hábito, que antes había sido tan popular, los expone a insultos y a vejaciones de los excitados que ahora tomaban la religión como blanco de sus ataques.

Justamente en estos momentos difíciles, el Hermano Salomón recibe una carta en la que le anuncian que su padre, el Sr. Francois Le Clercq, de setenta y nueve años, una edad muy avanzada para la época, está muy mal. El Hermano Salomón corrió, pero ya era demasiado tarde. El Sr. Le Clercq había muerto de una enfermedad súbita y corta el 15 de julio de 1790.

La situación para las Escuelas Cristianas se hacía cada vez más difícil. En agosto de 1789 se había abolido el diezmo que desde tiempos inmemoriales había suministrado los recursos a los establecimientos escolares. Los bienes del clero fueron confiscados el 2 de noviembre del mismo año, además de suprimir las concesiones y otorgamientos, cortando así los víveres a infinidad de escuelas.

Además de todos estos males, la Constituyente se abrogaba el derecho de decidir sobre la organización de la Iglesia, sin la aprobación de la Santa Sede en Roma y de quitar y nombrar obispos.

Por supuesto, esto indignó y repugnó a la conciencia de los católicos y muchos obispos se negaron a separarse de Roma y de todas partes se elevaron protestas.

A esto respondió la Constituyente con una ley que obligaba a los obispos y a los sacerdotes a hacer un juramento de fidelidad a la Constitución Civil, bajo pena de ser considerados dimitentes y ser sustituidos o reemplazados por votación popular. Esta obligación de prestar juramento desgarraría a Francia y provocaría la fractura del país en dos bloques: Los que estaban dispuestos a jurar y los que se negaban a hacerlo.

Al rehusar pronunciar el juramento y al cesar de dar clases, los Hermanos perdieron todo. Los más ancianos se encontraron tirados a la calle sin medios de subsistencia.

El Instituto poseía algunas casas que le fueron decomisadas sin ningún resarcimiento, pues el rechazo a hacer el juramento era considerado por el Poder como un acto de rebelión y una actitud de oposición sistemática al Estado.

El Hermano Salomón no descansa en su trabajo de defender los derechos del Instituto. Por esta labor angustiosa y por el impacto psicológico debido a los terribles acontecimientos, contrae unos dolores de estómago lacerantes, que sin embargo no le impiden seguir con sus obligaciones.

A pesar de su alma apacible, el Hermano Salomón se revela como un luchador. La fe está en peligro y él se lanzará al combate por defender a los suyos de la contaminación general y en ese momento de tanto peligro, en esa hora de tinieblas, frente a tantos débiles y tibios, él los dirigirá contra la pusilanimidad y contra el atractivo de los beneficios humanos.

Debido a la persecución, en un momento dado, a la salida de una misa oficiada por un sacerdote que no había jurado, su hermana Marie-Barbe es agredida, golpeada y tirada al suelo, y el Hermano Salomón, angustiado por la noticia, le escribe: ... *he sentido mucha compasión por los malos tratos que has probado, pero también participé de la satisfacción que*

habrás sentido tú misma, al sufrir por la causa tan noble, por tu apego a la verdadera religión, por la fe de Jesucristo... Bienaventurados aquellos que sufren persecuciones por la justicia... junto contigo yo le doy gracias a Nuestro Señor por la gracia que nos ha hecho de sufrir algunas penas y oprobios en su nombre.



Imagen del joven Beato Hno. Salomón.

UNA PERSECUCIÓN ESPANTOSA

La situación se hace cada día más difícil, pues hay una ley del Departamento de París que ordena cerrar todas las iglesias de los religiosos y religiosas. Solamente serán abiertas al público las iglesias donde haya curas que hayan hecho el juramento.

El Hermano Salomón escribiría: *Los católicos no pueden tener lugares públicos para poder ejercer libremente el solo y verdadero culto y, sin embargo, una iglesia acaba de ser entregada a los protestantes para sus prédicas. Los judíos, sin duda, podrán tener su sinagoga, los turcos, su mezquita y los cristianos son obligados a esconderse en lugares retirados para allí ofrecer los Santos Misterios y poder participar de ellos... casi todos los que asisten, comulgan; eso recuerda mucho a la Iglesia primitiva.*

La Asamblea Nacional no podía ignorar el trabajo apostólico subterráneo de los viejos sacerdotes y decreta que... *habrá que perseguir a todos aquellos funcionarios eclesiásticos que después de haber sido reemplazados por los curas que juraron, hubiesen continuado en sus tareas religiosas y oficiando la Misa.* En definitiva, una persecución sin cuartel.

Una de las posibilidades más seguras para muchos fieles y también para el Hermano Salomón, fue la hospitalidad de muchas comunidades irlandesas, cuya nacionalidad los protegía de las persecuciones oficiales. Los sacerdotes irlandeses que habían venido a Francia para escapar del *anglicanismo*, podían muy bien comprender y admirar a los sacerdotes que seguían fieles a la Iglesia de Roma.

Los Hermanos siguen luchando y buscando apoyo para evitar el cierre total de su Institución y de otras instituciones religiosas, pero finalmente, el Viernes Santo, 6 de abril de 1792, se abre la Sesión en la Asamblea Nacional que deberá examinar el Decreto de las

Congregaciones y la triste conclusión de este debate fue: *Todas las Congregaciones existentes serán de ahora en adelante extintas y suprimidas, a partir del día de la publicación del presente Decreto.*

Los Hermanos supieron a través de *Le Monitor* la confirmación de la cruel sentencia de muerte que los golpeaba.

El Hermano Salomón escribe una semana después a su hermana Rosalie: *Tú sabías seguramente que por un total decreto, todas las congregaciones seculares, regulares y laicas, de uno y otro sexo, han sido suprimidas el día de Viernes Santo. Queda por saber si el Rey sancionará este Decreto. Si el Decreto es sancionado, es de creer que se exigirá rigurosamente su ejecución y que probablemente se nos obligará a salir de nuestras casas; pues, sin duda, la Nación se apoderará de nuestros bienes.*

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas entrarían en resistencia, si no de manera unánime, al menos en su conjunto: ... *Yo tuve el honor de*

ver al Arzobispo de Arles y de hablarle. Y en esa oportunidad, escribe: ... ayer también hizo veinte años que tomé mis votos perpetuos. Que Dios me haga la gracia de guardarlos hasta la muerte, al menos los que quedarán en mi poder, si es que se me obliga a vivir en el mundo.



El Beato frente al improvisado tribunal y al populacho que lo envió al martirio.

EL VALIENTE MARTIRIO

La Revolución se podría dividir en dos períodos, de los cuales uno es compatible con la libertad y el otro no. El período que llamamos *liberal* se cierra completamente en junio de 1792. Después de la proclamación de los *Derechos del Hombre*, hubo también por desgracia la de las *leyes de excepción*, que siendo concernientes a sacerdotes y religiosos, privaban también a una parte de la sociedad de esos mismos derechos.

Los años terribles de la Revolución tuvieron su germen en esta negación de sus propios principios.

Se sucedieron manifestaciones de una multitud que llamaremos *populacho* y el 20 de junio de 1792, este populacho de piqueteros y boinas rojas, arengado por oscuros instigadores, en una de las *grandes jornadas revolucionarias*,

marchan primero hacia la Asamblea Nacional y luego hacia las Tuileries. Desfondan la puerta del jardín y penetran al castillo. Detrás de los vidrios de una ventana, el Rey resiste dos horas a los gritos de los manifestantes que protestan. Finalmente Petion, el Alcalde de París, logra dispersar a esa muchedumbre enloquecida.

Esta medida no sirvió de mucho, a no ser para *desvanecer el prestigio de la inviolabilidad del palacio, de la persona del Rey y de la majestad real*. El trono existía aún, pero el pueblo le había tomado la medida y le había perdido el respeto. Robespierre, uno de los jefes de la Revolución, quien ha sentido el viento girar a favor de la insurrección, pronuncia un discurso el 29 de julio pidiendo la deposición del Rey y la elección de una Convención de sufragio universal.

Durante la noche del 9 al 10 de agosto, se suceden muchas escaramuzas entre la plebe y los gentilhombres y finalmente la Asamblea, bajo la presión de los amotinados, decide suspender al Rey. Tres días más tarde, el Rey no será sino un cautivo que junto a su familia será encerrado en la Prisión de Temple, antecámara de la muerte.

La Asamblea Legislativa detentaría de aquí en adelante todos los poderes y el 27 de mayo se condenaba a la deportación a los sacerdotes que no quisieron jurar. La jornada del 10 de agosto no había terminado aún, cuando ya las listas de los obispos, de los sacerdotes no juramentados, salían de la Alcaldía para ser distribuidas a cada una de las cuarenta y siete secciones de París, con la orden de detener a los sacerdotes y encerrarlos en la Iglesia del Carmelo o bien en el seminario de Saint-Fermin, designados como su lugar de prisión. Corrieron rumores de que los sacerdotes defendían al Rey. La cacería a los sacerdotes y a los religiosos no tardó en empezar. El Rey y su familia fueron guillotinado.

Desde el mismo 11 de agosto, en efecto, la cacería a los sacerdotes conduciría a la prisión del Carmelo a unos cincuenta eclesiásticos de todo rango. Fue durante esta funesta jornada cuando hubo en las calles de los barrios un desfile lúgubre y casi ininterrumpido de curas modestos y tranquilos, arrastrados como malhechores en medio de abucheos de una muchedumbre

enardecida que pedía sus cabezas a grandes gritos.

Yo soy -había escrito nuestro Hermano Salomón- *muy poco conocido en París, por lo cual no puedo sino ganar al ser ignorado.* Sin duda se creyó una presa de poco valor y, por lo tanto, despreciable para los cazadores de eclesiásticos y pensaría que al no ponerse su hábito, disimularía su identidad real por ante los patriotas, pero los delatores estaban por todas partes y la delación había sido elevada a la altura de un deber patriótico.

Sin embargo, su tranquilidad no era tal que el pensamiento del peligro no le hubiese aflorado y el día 15 de agosto, fiesta de la Asunción -el mismo día de su arresto- escribe una larga carta a su hermana Marie-Barbe. Un verdadero testamento espiritual son estas líneas impregnadas de tristeza, como un adiós: *Yo te deseo la felicidad y una buena fiesta. Yo ruego a Dios que tú la pases en santidad con toda tu querida familia y en la paz y la tranquilidad que es tan raro encontrar hoy en día. Que nuestra*

perfecta sumisión a las voluntades del Señor, nos llenen de consolación; suframos todo lo que a Él le plazca y mantengámonos fieles a Él; las tribulaciones que suframos aquí abajo son pasajeras y la recompensa que nos espera será eterna. Suplamos con buenas lecturas, la oración, la meditación por los ejercicios de la religión que las circunstancias no nos permiten más practicar... Suframos entonces alegremente y en acción de gracias, las cruces y las aflicciones que Él nos enviará...

Esta carta que no citamos entera, debió de ser leída y releída y debió de hacer derramar muchas lágrimas en Boulogne, cuando unas semanas más tarde llegó la terrible noticia de la muerte brutal e insensata de ese Hermano tan querido.

La noche de ese día de la fiesta de la Virgen, hacia las veinte horas, unos cincuenta esbirros invadieron la casa de los Hermanos, registrando por todas partes y llevándose cerca de la medianoche a su prisionero para ser interrogado ante el Comité de Luxembourg y enviado luego a la prisión del Carmelo.

El Beato Hermano Salomón fue arrestado solo, pues como Secretario del Consejo de Gobierno de los Hermanos de La Salle (último cargo que ejercía en la Congregación antes del martirio), había logrado que sus cohermanos lasallistas estuviesen a salvo.

Los prisioneros fueron allí privados de todo, o casi todo, durante dos días y dos noches. Muchos eran ancianos y enfermos. Luego, una de las secciones permitió que se les llevara comida, lencería y lechos. No se les permitía el consuelo de celebrar los Santos Misterios, pero a todas las horas del día un gran número de entre ellos, postrados frente al altar, hacían de su prisión el templo de una perpetua adoración.

Cuando llegaba la hora de las comidas, los soldados revolvían con sus sables los panes, la comida y hasta los caldos para los enfermos, para asegurarse de que no hubiese allí ni cartas ni instrumentos de muerte. El médico cívico se había visto obligado a pedir que les fuera permitido salir al jardín para evitar las enfermedades contagiosas que podían ocasionar

tantos hombres encerrados día y noche, con sus guardias, en un espacio tan estrecho.

Todo lo descrito aquí sobre la prisión del Carmelo lo cuenta el Abad de La Pannonie en escritos que se conservan aún y de los cuales no relataremos sino pocos párrafos. Este religioso escribía también: *Los días se pasaban en oración, en lecturas de piedad y en conversaciones verdaderamente cristianas donde nos dábamos ánimos los unos a los otros a sufrir todo lo que nos esperaba por parte de nuestros perseguidores y del furor de un pueblo al cual no cesaban de persuadir de que nosotros éramos sus más crueles enemigos.*

A este ambiente entraría el Hermano Salomón la noche del 15 al 16 de agosto. Tenemos el testimonio explícito de un cofrade y amigo que lo visitó en la prisión y quien relata los sentimientos que lo animaban en esa hora y lo animarían hasta la hora de su martirio. Es la carta que el Hermano Amaranthe, antiguo director de las escuelas de Boulogne, escribe a Rosalie Le Clercq, con fecha 22 de agosto:

Usted se podrá imaginar mi sorpresa cuando me enteré en el barrio de la triste aventura: yo me empeñé con prisa en buscar dónde habían metido a ese querido amigo. Habiéndolo sabido, me decidí a irlo a visitar, costáseme lo que fuera... ¡Dios sea bendito! Señorita, el querido Hermano Salomón se quejaba con usted en un tiempo de que él no se creía digno de sufrir por Jesucristo, pero Dios no se contentó de su buena voluntad; el día de la Asunción, a las ocho de la noche, el Distrito mandó a buscarlo con cincuenta guardias nacionales. Él está feliz de encontrarse en el rango de los perseguidos.

El 2 de septiembre de 1792, el comisario de turno anotará su nombre en el registro que tiene frente a él y sin mayor formalidad lo mandará al martirio. El Hermano Salomón, y ciento noventa y un sacrificados más, serán luego propuestos a los honores de la Iglesia bajo el título de Mártires por la Fidelidad a la Iglesia.

VALIENTE Y FIEL HASTA EL FINAL

En las memorias del Abad de la Pannonie, que logró salvarse, se lee: *Yo no oí quejarse a ninguno de los que vi masacrar. El más asombrado de todos fue seguramente el comisario Violette, pues veía que marchaban a la muerte con tanta alegría y felicidad como si estuviesen yendo a una boda.*

El Hermano Salomón no tenía aún cuarenta y siete años cuando, en la lógica de una vida que había sido toda para Dios, la entrega toda con alegría.

El 2 de septiembre de 1792, este valiente mártir, este lasallista singular, nos dejaba el ejemplo del hombre fiel a sus principios. Fue beatificado por el Papa Pío XI el 17 de octubre de 1926. Todos sus devotos esperamos fervientemente que muy pronto sea Santo.

ORACIÓN AL BEATO SALOMÓN

¡Oh Dios!, que nos concedes en el Beato Hermano Salomón, religioso lasallista, hijo generoso de tu Iglesia, un gran intercesor y protector de nuestros niños y jóvenes, te pedimos escuches nuestra súplica

(se hace la petición)

por la intercesión de este tu siervo bueno y fiel.
Amén.

Padre Nuestro, Avemaría y Gloria.

*«Beato Hermano Salomón,
ruega por nosotros»*

CANTO AL HERMANO SALOMÓN

Letra y música: Dany Pacheco
Joven canta-autor de la Zona Rural

1. Había en un pueblo una hermosa iglesia (bis),
allí se encontraba un santo de negro (bis)

Coro

*Se llama, se llama, se llama, se llama,
Salomón, Salomón, Salomón, Salomón,
Salomón.*

2. A él en sus manos se le veía (bis), una
hermosa palma con la que bendecía (bis)

Coro

3. Los niños y los hombres mucho le querían (bis),
por todas las cosas que el Santo les hacía (bis).

Coro

4. Él vino de La Salle donde se encontraba (bis),
y a este bello pueblo milagros entregaba (bis).

Coro

5. Hombre de La Salle, buen educador (bis),
mártir en la tierra y santo del Señor (bis).

Coro

Impreso en las Prensas Venezolanas de
Organización Gráficas Capriles
Caracas. Venezuela